

LA TARDE DE LORCA

DIARIO DE AVISOS FUNDADO EN ENERO DE 1909
DIRECTOR: J. LÓPEZ BARNÉS

AÑO XIX | REDACCIÓN: AVENIDA DE LA ESTACIÓN, LETRA D, BAJO | LUNES 10 ENERO 1927 | TELÉFONO NUMERO 90 | NUMERO 4.837

DEL MOMENTO

LOS PROGRESOS CIENTÍFICOS

En estos días se ha publicado la noticia de un extraordinario suceso ocurrido recientemente en Italia, suceso del cual ha sido protagonista un desgraciado enfermo tuberculoso el que, habiendo muerto y cuando ya hacía más de dos horas de su fallecimiento, fué vuelto a la vida de nuevo y en cierto modo resucitado, por la oportuna y eficaz intervención del célebre doctor Nuvoli, quien, dicho sea de paso, no es, después de todo, el primer éxito que obtiene en tal sentido, pues, que son ya varios los casos más o menos semejantes en los que ha intervenido y en los cuales ha conseguido el mismo resultado sensacional y extraordinario.

Se trataba, como hemos dicho en este último, de cierto enfermo al que el citado doctor Nuvoli puso tres inyecciones seguidas de adrenalina en el interior del ventrículo cardiaco, consiguiendo con ello que el corazón volviera de nuevo a latir, cuando hacía ya algo más de dos horas que había cesado en él todo movimiento. Claro está que, desgraciadamente, este éxito sensacional y hasta ahora único o casi único en la historia de la medicina, fué tan solo un triunfo y un éxito pasajero, pues, como ya había advertido el citado doctor, en cuanto pasó el efecto del medicamento, el paciente murió y esta vez de modo indudable y definitivo.

Este caso sensacional nos viene a recordar de este interesante descubrimiento de la acción de la adrenalina sobre el músculo cardiaco, descubrimiento que, como acabamos de indicar, es al que debe sus triunfos el ilustre doctor italiano, que con gran audacia viene estudiándolo y experimentándolo de algún tiempo a esta parte.

Tal descubrimiento no fué hecho por él, sino por cierto aplicado estudiante de la Facultad de Medicina de París, que, después de haber hecho multitud de experimentos en tal sentido y en diferentes casos de muerte repentina ocasionados por «shock» postoperatorio o por otras causas semejantes, aunque si bien es verdad que a lo que parece obtuvo con sus ensayos algunos pequeños éxitos, estos, sin embargo, no fueron por lo visto tan importantes y sobre todo tan concluyente como para que considerara resuelto el asunto y, así pues, parece ser

también que hubo de abandonar aquéllas, pudiéndose decir en esta ocasión con más razón y propiedad que nunca, que quedó verdaderamente descorazonado.

No así el doctor Nuvoli que, habiéndose enterado de tales experimentos y habiendo proseguido con verdadera fe y constancia los ensayos, ha llegado a conseguir resultados que si no son tampoco concluyentes si puede ser, en cambio, dada su índole, calificados de maravillosos, como lo demuestran otros experimentos felices semejantes al que comentamos.

No es mucho en verdad lo logrado, pensarán y dirán quizás algunos lectores, y ciertamente tal vez tengan razón y tal vez sea muy pronto todavía; pero hay que considerar y tener en cuenta que hasta no hace muchos años hasta antes de la gran guerra, el corazón era todavía una víscera sagrada, una especie de arqueta preciosa y misteriosa a cuyas paredes, y mucho menos a su interior, no habían todavía llegado, porque jamás se habían atrevido a ello, las manos de los cirujanos.

Fuó durante la guerra, en los horrores de las ambulancias del frente y de los hospitales de sangre donde se comenzaron a ojeantar verdaderas audacias, verdaderas maravillas hasta entonces nunca vistas, por los cirujanos de los diferentes ejércitos beligerantes, y justo es decir que en los triunfos conseguidos en este sentido fueron precisamente los italianos los que llevaron la mejor parte.

Fuó en aquél terrible período en el que todos los beligerantes ponían de relieve por igual su barbarie; cuando llegaban a las salas de operaciones aquellos heridos en los que dependía su vida del fino y sutil hilillo de sangre que salía goteando sobre el pecho por un agujero casi imperceptible. Aquellos soldados en los que una partícula de metralla penetra en el tórax, perforando las paredes del corazón, o clavándose en las mallas de sus delicadas cubiertas, y fué entonces cuando los médicos, con audacia y desreza casi increíbles, llegaron a realizar prodigios, salvando la vida con sus portentosas intervenciones a miles de soldados.

Llegóse entonces no solo a suturar el corazón, sino a mano-

searlo verdaderamente, a estrujarlo entre las manos, a darle masaje, a friccionarle fuertemente, etc., etc., y entonces fué también cuando empezaron los cirujanos, perdido el respeto, el miedo, en una palabra, que antes tenían a este órgano, uno de los más nobles o el más noble después del cerebro, del cuerpo humano.

Y una vez perdido el miedo, el llegar como se ha llegado a los experimentos del doctor Nuvoli era cuestión de tiempo. ¿Se pasará adelante con ellos?... «¡Chi lo sa!», que dirá en su idioma el famoso doctor.

MUÑOZ ANTUÑANO

9 Enero 27

ANTIGÜEDAD INTERESANTE

La fundación del Colegio de la Purísima y Don Francisco Arcas Moreno

Don Francisco Arcas Moreno era natural de la ciudad de Tarifa, e hijo de don Fernando Arcas y de doña Beatriz Moreno, Doctor en Cánones, por la Universidad de Gandía, siendo Capellán de Honor de S. M., fué propuesto para la abadía de la Colegiata de Lorca, por Real Cédula fechada en el Pardo, a 10 de Febrero de 1761.

Gran amante de la cultura, concibió el proyecto de fundar un Colegio bajo la advocación de la Purísima Concepción, donde los jóvenes aprendiesen humanidades, para ser útiles a Dios a la patria y al rey; y constante en su pensamiento, hizo escritura de todos sus bienes en el año de 1779, para llevar a efecto dicha fundación, la que puso bajo la protección de S. M. y del Supremo Consejo de Castilla, dejando la dirección de dicho Centro docente, al cabildo eclesiástico.

Como hubiese intentado el Ilustrísimo señor Obispo de la diócesis anular la fundación, pero, agregando los bienes al Seminario de Murcia—¿va usted entendiendo?—puesto que en él decía, podían estudiar, no tuvo otro remedio el fundador, para anular esta disposición, que de jar sin efecto la escritura y donación primeras y otorgar otra con fecha 17 de Agosto de 1782, haciendo cesión completa de todos sus bienes, al Supremo Consejo, cesión que confirmó en su testamento otorgado en 12 de Enero de 1783, y aceptada por aquella entidad, se abrió el Colegio lorquino, el 7 de Mayo de 1784.

El sucesor en la abadía, don Francisco de Cano y Neyra, hizo también cesión de todos sus bienes para el mismo fin, pero con una cláusula condicional: «que si en algún tiempo cesaban en dicho Colegio los estudios, volviesen los bienes a sus parientes.»

Nuestro Ayuntamiento, contribuyó también al sostenimiento de dicho Colegio, aumentando su dotación con cuatrocientas fanegas de tierra, en los sitios llamados el Carrizalejo y Fuente de la Sierpe.

En el año 1789, fueron aprobados sus estatutos e incorporado a la Universidad de Granada.

A causa de la invasión francesa y de la epidemia, estuvo clausurado desde el 1811 a 1814; y cuando empezaron a lucir los primeros albores de la libertad, por el año 1820, se cerró de nuevo hasta el 1823, en que volvió a ser abierto.

Así estuvo, hasta que una Real orden de 5 de octubre de 1837, que ni se publicó, ni nadie sabe quien la recibiera, ni donde se halla, fué SUPRIMIDO, mandando contra la expresa voluntad de sus fundadores, que los bienes fueran incorporados al, por entonces, naciente Instituto de Murcia.

Así terminó la existencia de un Centro de instrucción que en nada gravaba al Estado, y que honraba y beneficiaba la ciudad de Lorca.

¡Y hubo lorquinos que intervinieron en este despojo!

MIGUEL PEYDRO CARO

GRANOS SUELTOS

El ocaso de la «marcha»

La «marcha» decaece. Dijéramos mejor, agoniza. Los estertores últimos ansiosos y dolientes pugnan en vano, por sobresalir en el tumulto de la vorágine. El cuerpo febricitante del símbolo, resbala desamparado camino del abismo. A poco se estrellará. Quedará despanzurrado sobre la aspereza del olvido. Un fuerte halón rasgará el seno de lo pasado, que a empujones se embolsará los despojos. Sin siquiera un poco de apoteosis: un algo de gratitud que dejara perdurar la caricia del manjar antiguo.

Apuntamos ahora en este «grano suelto» el curso actual de la juerga típica. El recreo alegre, inveterado y cotidiano del hampa inofensiva. O la juerga docta de los profesionales del «bronce». En la que no faltaba, claro es, el señorito «marchoso».

Era de rigor, de aquí atrás,

para la variedad social de los «marchosos», el coche postinso. Con yantas de goma últimamente: un «gomas». Sin «gomas» antes. La tertulia de escandalosos, conducida por el cochero, también «marchoso», se convertía, dentro del coche, en tertulia ambulante. Juerga gitana, andariega, locuaz, bohemia, escandalosa. Juerga rodante: como cosa de tribu trashumante y aventurera.

El cochero, diestro y gorrón, forzaba a los caballos para que no anduviesen. Importaba tan solo el decurso del tiempo, al interés mercantil del alquilón. Comenzaba la juerga. Una cantaba en no importa qué estilo. Sevillanas, guajiras, «tarantas», «soleares», una jota, una romanza... Otros marcaban el aire musical con los tacones, sobre el pesebrón o al filo del asiento con el junquillo igualmente «marchoso». A la puerta de cada taberna amiga, se repetía con afectada cachaza y capcioso orgullo, análoga demanda:

—Oye, tú; convídanos.

Y el coche seguía rodando hasta cansar a los caballos o agotar la plata. O hasta bordear los ocupantes el estado comatoso. Al punto de la traición del morbo, inferida—como nos dice el personaje del cuento—por la última copa.

Pero el alquilón muere por modo artero y altivo a manos del automóvil y con el alquilón rinde también la «marcha» sus postreros hálitos. Es no más, acaso, una faceta nueva que surgió del moderno caminar a tumbos, de la vida. Mas como fuera—que ni hace al caso, ni importa—hoy la juerga—esa juerga—resulta deslabazada. Los tertulianos toman el «taxi» vulgar y traicionero y a paso de estrella van a la fonda de moda a seis leguas de la urbe. Comen allí y beben. Pero si se emborrachan no cantan. Queda todo en plática así de vulgar que el plano de la escena. Montan de nuevo en el molesto Pegaso y divertidos por autosugestión, vuelven a la parada para abandonarlo, apreciando el solo recuerdo comentable:

—¡Qué modo de correr chico! Ese chófer es la «karaba».

Sentimentalismo porcino

Propicios a la seducción bucolica, se muestran en oferta al público discurso callejero, en un escarpate de una dulcería, buena hornada de mazapanes.

Prueban todos con sus hábiles dibujos y sus artificiosas disposiciones una extraña, por lo inspirada, riqueza de concepción culinaria. Surge a escape en el análisis, sin esfuerzos deductivos, que el establecimiento